

	Pág.
OTROS SERMONES MORALES.	
Oración fúnebre para el día de la Conmemoración de todos los fieles difuntos . . . . .	308
Sermón para el día de la Conmemoración de todos los fieles difuntos	326
Sermón de acción de gracias para el último día del año . . .	347
Conferencia moral sobre la fe . . . . .	367
Plática panegírico-moral para la fiesta de San José . . . . .	383
Conferencia panegírico-moral en la fiesta de San Antonio de Padua	395

#### SERMONES VARIOS.

Sermón del solemne homenaje á Jesucristo Redentor, al comenzar el siglo xx . . . . .	411
Sermón para la fiesta del sagrado Corazón de Jesús . . . . .	431
Sermón segundo para la fiesta del sagrado Corazón de Jesús . .	449
Discurso religioso para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario	465
Discurso inaugural del curso académico . . . . .	480
Discurso religioso en el aniversario de la independencia nacional de Centro-América . . . . .	497
Discurso religioso, pronunciado con ocasión de ponerse la primera piedra del hospital de San Juan de Dios en San José de Costa Rica . . . . .	502

#### PANEGÍRICOS.

Panegírico de Santa Ana, Madre de la Santísima Virgen . . .	513
Panegírico de Santa Bárbara, virgen y mártir . . . . .	526
Panegírico de Santa Filomena, virgen y mártir . . . . .	543
Panegírico del Beato Juan Bautista de la Salle, Fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas . . . . .	558
Panegírico de San Juan Bautista de la Salle, predicado con ocasión de su canonización . . . . .	576
Panegírico de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús . . . . .	594
Panegírico de la Bienaventurada Virgen Margarita María Alacoque	614
Panegírico de Santa Mónica . . . . .	631
Panegírico de San Pedro Claver . . . . .	648
Panegírico de Santa Úrsula, virgen y mártir . . . . .	672
Panegírico de San Victorino, obispo y mártir . . . . .	687

## SERMONES MORALES.

## SERMÓN PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA

(predicado en la catedral de Bogotá, 23 de febrero de 1898).

### El pensamiento de la muerte.

Memento homo, quia pulvis es et in pulverem  
reverteris.

Eccl. in off. fer. IV Cinerum et Gen. 3, 19.

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor<sup>1</sup>.

1. ¡Imponente ceremonia, hermanos míos, con la que da principio la Iglesia nuestra madre, al santo tiempo de Cuaresma! ¡Pluguiese al cielo que todos los fieles se agolparan el día de hoy en nuestros templos para celebrarla, y más aún, que, comprendiendo todos su significado, se revistiesen de los sentimientos que aquélla está destinada á inspirar! La imposición sobre nuestras cabezas de la ceniza santificada con la oración, he aquí el rito más adecuado que pudiera imaginarse para abrir solemnemente las puertas al sacratísimo y grande ayuno cuadragésimo<sup>2</sup>. La ceniza (no sé si por instinto humano ó por positiva disposición divina) fué siempre entre los adoradores del verdadero Dios el símbolo de la humillación y del arrepentimiento; y hasta parecía no poder hacerse penitencia aceptable á los divinos ojos, si la ceniza no acompañaba al ayuno, la oración y las lá-

<sup>1</sup> Doctor Don Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá.

<sup>2</sup> Sacratissimum maximumque ieiunium (*S. Leon. Sermon. 4 de Quadr.*).

grimas. *Cubrí mi carne con ceniza*, decía el santo Job<sup>1</sup>, *y hago penitencia en la ceniza y la pavesa*<sup>2</sup>. La valerosa Judit, á la vista de los habitantes de Betulia consternados por su inminente ruina, puso ceniza sobre su cabeza, á fin de aplacar la divina justicia y alcanzar misericordia<sup>3</sup>. Ester, la escogida por Dios para salvar al pueblo de Israel de la general proscripción, también creyó necesario llenarse la cabeza de ceniza y basura<sup>4</sup> en lugar de los preciosos unguentos, al mismo tiempo que, para entregarse á la oración, deponía las regias vestiduras y afligía su delicado cuerpo con ayunos. Otro tanto hacía para conjurar la tormenta que rugía sobre su cabeza, el piadoso y prudente Mardoqueo<sup>5</sup>. Y aquel modelo prodigioso de verdaderos penitentes, David, ¿no decía que: *Cinerem tamquam panem manducabam, et potum meum cum fletu miscebam*<sup>6</sup>: Me alimentaba de ceniza, mezclando con llanto mi bebida? En fin, los ninivitas, amedrentados por la voz de Jonás, ayunaron cubiertos de saco y de ceniza, y fueron perdonados.

2. Los tiempos han cambiado, verdad es, hermanos míos, y ya el mundo no suele presenciar ejemplos tan edificantes como éstos, de humildad y penitencia, objeto para muchos espíritus débiles, de admiración y desdén; pero la Iglesia, justa apreciadora de las cosas, como llena siempre del espíritu de Dios, no quiere que desaparezcan del todo estas simbólicas ceremonias tan venerables por mil títulos: sólo que, para hacerlas provechosas, las anima y vivifica con aquellas significativas palabras que no son sino el eco penetrante de la te-

<sup>1</sup> Job 16, 16.<sup>2</sup> Job 42, 6.<sup>3</sup> Iudit 9, 1.<sup>4</sup> Esther 14, 2.<sup>5</sup> Esther 4, 1.<sup>6</sup> Ps. 101, 10.

rrible sentencia fulminada en el paraíso contra el hombre pecador: *Memento homo... quia pulvis es et in pulverem reverteris*<sup>1</sup>. Mezcla, pues, la Iglesia en la ceremonia de este día el polvo del sepulcro con la ceniza de la penitencia, el pensamiento de la muerte con el recuerdo del pecado y excita al cristiano á dirigir al Señor sus plegarias con la conciencia de su vileza, como lo hacía el patriarca Abrahán, diciendo: *Hablaré á mi Señor, siendo yo polvo y ceniza*<sup>2</sup>. Polvo soy, porque fuí formado de la tierra; ceniza, porque debo volver á ella en castigo de mi pecado: *pulvis et cinis*. Y es así verdad, amados fieles, que nada hay tan eficaz para despertar en nuestro corazón el adormecido sentimiento de la compunción, como el pensamiento vivo y serio de la muerte, sobre todo considerada como disolución del cuerpo corruptible, como reducción de nuestra carne á vil y despreciable polvo: *in pulverem reverteris*. ¡Oh! quien tuviera siempre á la vista esta terrible é irrevocable sentencia, muy de otro modo miraría el pecado, según el conocido consejo del Eclesiástico: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis*<sup>3</sup>. El pecador indolente, que vive como si jamás hubiera de morir, saldría sin tardanza de su funesto letargo; el pecador orgulloso, que vive como señor absoluto de sus actos, sin respetar ley alguna, se arrojaría humillado á los pies de su Criador; el pecador sensual y voluptuoso, que vive sólo para el cuerpo, envilecido adorador de la carne, se levantaría del sepulcro de sus vicios: en una palabra, con la viva aprensión de la muerte, todos entraríamos hoy mismo por la senda segura de la penitencia.

<sup>1</sup> Gen. 3, 19.<sup>2</sup> Ibid. 18, 27.<sup>3</sup> Eccli. 7, 40.

Tal es el pensamiento de San Agustín<sup>1</sup>; y no es otro el objeto que me propongo desarrollar en este día. Pidamos, etc. *Ave María*.

## I.

3. Doble es, hermanos míos, el aspecto por donde podemos considerar á la muerte: ya con relación al alma, ya con relación al cuerpo. Respecto de la primera, la muerte es la separación, el aislamiento y luego la existencia perdurable en región de felicidad ó de tormento; respecto del cuerpo, la muerte es su disolución, como si dijéramos, la pulverización y el aniquilamiento consiguiente de la carne. Ambos aspectos, á cual más aterradores, son poderosamente eficaces para obrar el desengaño y la conversión del más disipado pecador. Sin embargo, atendida la condición material y grosera de éste, reducido casi á las impresiones meramente animales, pudiera ser que obrase más activamente en su conversión el segundo modo de mirar la muerte, el que la Iglesia propone á nuestra vista el día de hoy, diciéndonos al cubrirnos de ceniza: *Memento homo...* En efecto, por muy terrible que sea la separación eterna del alma y el pensamiento de su problemático destino de ultratumba, al hombre que todo lo aprecia por los sentidos, puede tal vez impresionarle más hondamente la vista del horrendo estrago causado en la fábrica de su cuerpo por la mano de la inexorable demoledora del linaje humano.

4. Suponed un pecador, como tantos, sumido en la indolencia respecto á los intereses de su alma y al cuidado de su eternidad, ya sea por natural apatía de

<sup>1</sup> Nihil enim sic homines revocat a peccato, quemadmodum imminentis mortis cogitatio (*Aug. apud Nepveu, Reflexiones*).

carácter y viciosa costumbre de no ocupar el espíritu más que en las frivolidades diarias de la vida, ó más bien, por vivir engolfado en el tráfago de terrenos intereses, absorbida toda la actividad del espíritu en procurarse los que mira como únicos bienes y fuente de felicidad: posición social, comodidades, honores y más que todo y para todo, capital, riquezas... decidme, hermanos míos: si este pecador, que vive exactamente como si no hubiera de morir jamás, supuesto que vive sólo para lo presente y nada para lo futuro, se sintiese alguna vez sobrecogido por la imagen de la muerte, como si viese ya con sus propios ojos su cuerpo reducido á cadáver, arrojado al fondo oscuro de un sepulcro, descompuesto y en pleno estado de putrefacción; y, pasando más adelante, mirase con la vista del espíritu sus huesos descarnados y secos, la inscripción fúnebre de su bóveda medio borrada por la cruel mano del tiempo, sus bienes en poder de otros dueños que acaso no llevan su nombre, su memoria totalmente olvidada de aquel mundo que tanto le adulaba cuando vivo; y, mirando todas estas cosas, atónito y despavorido, se dijese á sí mismo: «Con que ¿es verdad que tengo de morir? con que ¿mi muerte es infalible? con que ¿para este caso no hay remedio? con que ¿no hay poder, saber, ni fortuna bastante para conjurar esta ruina? ¡Ay de mí! Y ¿en esto han de parar todos los afanes y desvelos de mi vida? Y todo lo que hasta aquí he allegado, mis tesoros, mis propiedades, mis alhajas más valiosas, ¿todo tengo de dejarlo sin remedio, y desnudo: sí, desnudo, como salí del seno de mi madre, he de volver al seno de la tierra, he de ser despedido de mi casa por mis propios deudos, y muy pronto olvidado de amigos y parientes? Y ¿todo esto es tanta

verdad como que ahora vivo y pienso en ello?» ¡Ah! mis amados hermanos: ¿no os parece que el pecador que esto sintiese, absorto en la contemplación de sus postrimerías, no podría menos de caer en la cuenta de la locura de su proceder, y despertar del sueño profundo de su indiferencia moral y religiosa? La viva aprensión de la realidad de las miserias del sepulcro ¿no os parece que bastaría para convertir en santo al más indolente y relajado pecador?

5. Así tendría que suceder, no hay duda; porque, así como la presencia real y efectiva de la muerte, cuando llega y se acerca al lecho del enfermo, tanto que ya se siente el frío de su vecindad, tiene virtud infalible para hacer olvidar todo lo fútil y perecedero, pensar en lo sólido y eterno, reconocer el desorden de la vida pasada, volver los ojos á la divina misericordia é implorar el perdón con verdadero arrepentimiento y dolor de los pasados extravíos; así también, y á proporción de la vivacidad con que por la meditación se nos haga presente la muerte, pueden y deben excitarse en el alma sentimientos semejantes, los cuales naturalmente han de producir efectos de salvación. ¡Ojalá, hermanos míos, que nos aplicásemos desde luego á hacer esta especie de ensayo del morir! Porque, ya que la muerte ha de ser *única*<sup>1</sup>, imposible de repetirse para enmendar sus yerros, lo razonable sería que nos diésemos á ensayarla representándonos al vivo el cuadro de nuestra propia muerte, tal como infaliblemente y muy presto ha de efectuarse.

6. Y este ensayo de la muerte, que, sin duda, es su mejor preparación, deberíamos repetirlo diariamente, de

<sup>1</sup> Hebr. 9, 27.

suerte que pudiéramos decir con el Apóstol: *Quotidie morior*<sup>1</sup>, y con el santo Job: «Todos los días de mi permanencia en este mundo aguardo que venga mi transformación.»<sup>2</sup> De esta manera el pensamiento de la muerte vendría á ser despertador continuo de la eternidad, no permitiéndonos echar en olvido que hay otra vida sin comparación más importante que la presente, como que ésta no es sino una sombra de aquélla que ha de ser la vida llena y verdadera. La causa del abandono de la salvación para la mayor parte de los hombres no es otra que la exclusiva aplicación de su actividad á los negocios de la vida transitoria, como si no tuviesen otro asunto más grave y positivo en que entender y en que ocuparse. Para no preocuparse, como debieran hacerlo, con los intereses de la vida futura, procuran estos mal aconsejados pecadores alucinarse con la vana y frívola esperanza de prolongar indefinidamente la existencia terrestre, ya que no les es posible persuadirse de que son inmortales; y sabiendo perfectamente, como lo sabemos todos con mayor certeza que ninguna otra verdad, que infaliblemente han de morir, se empeñan en alejar cuanto pueden ese enojoso recuerdo, forjándose la ilusión de que ese día anda todavía muy lejano, como lo hacía el insensato aquel que convidaba á su alma á gozar de los bienes que había acumulado diciendo: «Muchos bienes tienes, alma mía, depositados para muchos años; ya puedes comer, beber y regalarte tranquilamente.» Y he aquí que le dice una voz: «¡Necio! esta misma noche te pedirán cuenta de tu alma.»<sup>3</sup> ¡Qué espantoso desengaño! ¿Dónde están los muchos años que te prometías, tú que sólo soñabas

<sup>1</sup> 1 Cor. 15, 31.

<sup>2</sup> Job 14, 14.

<sup>3</sup> Luc. 12, 19, 20.